

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Federico Ferroggiaro

## “De Echeverría a Gelman: la literatura argentina atravesada por el exilio”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 70, octubre-diciembre de 2024, pp. 5-10.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

**D**eseo comenzar esta presentación advirtiendo que este texto formula un recorrido por ciertos hitos históricos y literarios para repensar, en consonancia con lo que otros críticos han investigado, los modos en que se presenta el exilio en la literatura argentina.

En este sentido, constituye un lugar común la afirmación que David Viñas apunta en su libro *Literatura argentina y realidad política* (1964): “La literatura argentina empieza con una violación”.

Viñas se refería a *El matadero*, el cuento de Esteban Eche-

# De Echeverría a Gelman:

## la literatura argentina atravesada por el exilio

Federico Ferroggiaro

**Porque, antes que una excepción, es una tendencia recurrente que nos permite asumirla como una suerte de tradición nacional: la tradición del exilio político de los escritores e intelectuales argentinos.**

verría que instalaba como obra fundacional de las letras nacionales. Sin discutir su elección de colocar como piedra basal este relato, pero pensando en quienes conformaban el grupo de intelectuales reunidos en el Salón Literario y que por sus ideales se oponían al gobierno de Juan Manuel de Rosas, y atendiendo a las condiciones de su redacción, es decir, que al momento de escribir *El matadero* Echeverría se encontraba exiliado en el campo Los Talas, y que luego continuaría alejado de la vida pública en Montevideo, podemos afirmar, parafraseando a Viñas, que “La literatura argentina comienza con un exilio”. Exilio que adquiere, en las palabras de Echeverría, una dimensión trágica: “La emigración es la muerte. Morimos para nuestros allegados. Morimos para nues-

tra patria, puesto que nada podemos hacer por ellos”.

Y así como es productiva la lectura de nuestra literatura bajo el signo de la violación, también puede serlo a la luz del exilio. Porque, antes que una excepción, es una tendencia recurrente que nos permite asumirla como una suerte de tradición nacional: la tradición del exilio político de los escritores e intelectuales argentinos.

El siglo XIX continúa fortaleciendo esta práctica. Entonces podemos sumar a Domingo Sarmiento, cuyo exilio forzado en Chile, de 1840 a 1852, le brinda la ocasión de escribir otra de las obras capitales de la literatura argentina: *Facundo o Civilización y barbarie*. También Juan Bautista Alberdi, como otros miembros del Salón Literario opuestos al rosismo, partirá a

Montevideo para evitar el asedio de la Mazorca.

Años después se consolida una coyuntura que invierte los roles, y los unitarios, entonces triunfantes, se ensañan con los federales en retirada. La marca del exilio se hace presente en el gran poema argentino: el *Martín Fierro*. Su autor, José Hernández, exiliado en Montevideo y en Brasil por oponerse al predominio de Buenos Aires, escribe sobre un gaucho, Martín Fierro, quien luego de desertar del ejército parte al desierto para salir del infierno que vive y se interna allí donde el Estado no había logrado aún extender su dominio: el territorio de los “indios”, y en las palabras del “narrador” del poema se cifrará, a través de sus pulsantes sextinas, la nostalgia de quien se marcha:

... Por la frontera cruzaron  
y cuando la habían pasao  
una madrugada clara  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara...

En un país que forjó su proyecto de modernización con el ex-

terminio de la población nativa, la literatura nacional, en el comienzo del siglo xx, se conformó a partir de la irrupción de las voces extranjeras, de las escrituras de los inmigrantes que llegaron a Buenos Aires y a otras ciudades del país para adquirir y crear la lengua, el lenguaje de los argentinos. De alguna manera, son esos inmigrantes y sus hijos quienes construyen una parte importante y renovadora de la que hoy leemos y estudiamos como “nuestra literatura”. Roberto Arlt, hijo de inmigrantes austrohúngaros y prusianos; César Tiempo, de origen ucr-

Más allá de su visceral antiperonismo, presente en cuentos como “Casa tomada” y “Las puertas del cielo”, Cortázar asumió una postura autocrítica, al punto de afirmar en 1967 que él era parte de una generación de esnobs, cuyo interés principal radicaba en la literatura francesa e inglesa antes que en la lectura de los escritores argentinos. Para ellos, y para Cortázar, el viaje a Europa que se realiza como rito de iniciación durante el siglo xix y comienzos del xx adquiere un carácter definitivo porque Cortázar opta por quedarse en Europa sin que existan razones

ser considerado un exiliado forzado a partir de la prohibición de su obra en Argentina, en el año 1974.

El exilio marca a toda una generación de intelectuales y escritores a partir de ese año, y se extiende durante la tétrica noche que envuelve con sus pesadillas de detenciones, torturas, asesinatos y desapariciones los años de la dictadura en Argentina.

Es en este periodo que el exilio deviene en una compulsión masiva, pierde su carácter voluntario porque implica una decisión extrema que se toma entre la vida y la muerte. Muchos eligen la vida, a pesar de tener que partir. Pero hay otros, con la misma libertad maniatada, que optan por quedarse, conscientes de que sellan así un pacto con la muerte. Esa es la elección de Rodolfo Walsh, que dobla la apuesta con su *Carta abierta a la Junta* del 24 de marzo de 1977, en la que arroja un balance de las atrocidades que lleva adelante la dictadura en Argentina.

La nómina de escritores que eligen sobrevivir y toman el camino del éxodo es prácticamente interminable e imposible de sintetizar sin reducirla a los nombres que alcanzaron mayor fama o reconocimiento en su campo de intervención, antes, durante o después de su marcha.

A partir de los setenta se genera, por primera vez en la literatura argentina, la irrupción de diversas escrituras que buscan darle palabras, convertir en imágenes imperecederas, en historias particulares, la vivencia, la experiencia, el sentido filosófico del exilio: lo que este provoca en una sensibilidad artística que se enfrenta a esta situación en una dimensión contextual e histórica. En ninguno de estos escritores el exilio es vivido con felicidad, ni con alivio, más allá de que la experiencia contribuya

## La nómina de escritores que eligen sobrevivir y toman el camino del éxodo es prácticamente interminable e imposible de sintetizar sin reducirla a los nombres que alcanzaron mayor fama o reconocimiento en su campo de intervención, antes, durante o después de su marcha.

niano; Eduardo González Lanuza, de Santander; el uruguayo Elías Castelnuovo... Pero fueron principalmente los hijos de esos hombres y mujeres que escaparon de Europa para encontrar en América una vida mejor quienes continuarán y renovarán la literatura argentina.

A mediados del siglo xx, nos encontramos con un caso polémico. El exilio de Julio Cortázar durante el primer gobierno de Juan Perón dio lugar a opiniones opuestas que, reforzadas por las declaraciones de Cortázar, alentaron la hipótesis de que su exilio respondía más a una decisión personal que a una forzada por las circunstancias políticas.

políticas que le impidan regresar a su país.

De cualquier manera, el desarraigo no es padecido por Cortázar bajo el signo del desacomodo, de la nostalgia o del lamento. Señala Horacio Salas en su ensayo “Julio Cortázar: la ubicuidad del exiliado”: “El exilio voluntario tiene una ventaja sobre el compulsivo: la posibilidad del retorno se halla siempre abierta”. En todo caso, se convierte en un escritor demediado, que mientras vive en París, continúa escribiendo para los lectores argentinos y latinoamericanos.

Por eso no deja de ser atinada la afirmación de Reina Roffé de que Cortázar recién puede



*Nubes de Jalapa*

al reconocimiento o sea clave en la construcción de una obra más profunda y conmovedora.

Todas estas escrituras hablan de una pérdida, de una historia que se deja atrás y de una nueva que comienza a formarse, de la extranjería, de la adquisición de una lengua nueva, de hábitos culturales diferentes, de la lenta inserción en un medio no siempre receptivo. La adaptación, la nostalgia, a veces la diglosia, el deseo de volver o la autoimposición del olvido se esbozan como la condición para poder recomenzar la vida y la creación artística.

Más allá de esta posibilidad de trazar una serie literaria signada por la marca del exilio, existe un consenso crítico que nos lle-

va a considerar la década del setenta como aquella atravesada por antonomasia por este signo del exilio.

La cantidad de exiliados en un mismo tiempo histórico dio como resultado que los setenta y los ochenta reunieran un cúmulo de obras literarias de enorme calidad cuyo tema es el exilio. Sin embargo, no existe uniformidad en el modo de abordar este tópico, ni en cuanto a los géneros, aunque pueda detectarse la presencia de un elemento fundamental, que remite a lo autobiográfico, y que abarca desde la escritura memorialística hasta la autoficción, pasando por la transfiguración poética o lírica. Más adelante, como señala Pablo Yankelevich en *Ráfagas de un*

*exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, se va a producir: “una auténtica explosión de memorias”.

Para introducirnos en los textos literarios, me gustaría compartir un breve comentario sobre la escritura del exilio en Juan Gelman y en Tununa Mercado.

Juan Gelman conjuga en su escritura las certezas y las preguntas que se formulan cuando se internaliza la condición de exiliado, cuando este estado transitorio y circunstancial deviene en constitutivo de un sujeto, y por contagio, de un yo-lírico que manifiesta: “Los exiliados son los inquilinos de la soledad. En el exilio los muertos y los odios se amontonan”.

Poeta de filiación comunista, pero tempranamente aleja-

do de la estructura partidaria, no por eso deja de ser, según observa Martín Prieto, un autor que marca en su escritura “el vaivén entre la vida íntima y cotidiana y la militancia pública y política”; es decir, que si no es temáticamente, al menos desde el mundo aludido a través de los variados recursos poéticos, decantan en sus versos las imágenes de una sociedad que se ha politizado en todos los órdenes de la vida. Su exilio forzado, que comienza en 1975 y lo lleva a distintas ciudades de Europa para al fin establecerse en

mirase toda la olvidadera que solía arrastrar colgándole del hombro / o Haroldo hurgando su amargura (siempre) sacase el as de espadas / puso su boca contra el viento...”; son los que se inmolaron por la revolución fracasada, por el imposible mundo mejor que ha dejado de ser un sueño compartido, y lleva entonces la marca de la derrota.

Recita en “Te nombraré veces y veces...” conjurando a esa derrota que invoca: “Te voy a / matar / derrota. / Nunca me faltará un rostro amado / para martarte otra vez”, para cifrar en el

tes, las interrogaciones sobre la derrota, al igual que, posteriormente, *Notas, Carta abierta, Si dulcemente y Hacia el sur*. Freidemberg concluye que en esta etapa se impone la marca de lo inacabado que “evidencia algo que no se cierra, que parece no haber agotado todo lo que podía dar...” Y como correlato de este inacabamiento, en los poemas se vuelve recurrente la forma de la pregunta y la pregunta como forma, la invitación a sumergirse en la búsqueda de la palabra que pueda dar respuesta.

La escritora Tununa Mercado atraviesa dos periodos de exilio. El primero en Francia, desde 1966 a 1970 y, el segundo, en México, de 1974 a 1986. Su libro *En estado de memoria* (1990) contiene 16 narraciones que, en clave autobiográfica, se sumergen en las “experiencias” de ese YO que narra y que va componiendo la figura de una mujer, los rasgos de su personalidad, adquiriendo una humanidad que la vuelve entrañable y encantadora en su fragilidad. Jorgelina Corbatta resume el espíritu de este volumen con las siguientes palabras: “*En estado de memoria* la memoria aparece como una forma de recuperación del pasado, dolorosa y curativa a la vez”.

Que en el primero de los textos, “Enfermedad mental”, ese YO nos confiese su incapacidad de hablar en las terapias psiquiátricas a las que asiste, nos coloca frente a uno de los primeros efectos del desarraigo traumático: la mudez, la pérdida de la palabra propia para expresar lo que se siente frente a esa nueva situación. Los analistas, las menciones del psicoanálisis y de la psiquiatría recorren varias de las postales vivas que forman *En estado de memoria*, como un salvavidas que no resiste el peso de quien se ahoga, como una in-

## Porque en Tununa Mercado la narración autobiográfica sabe desplazar su punto de vista, salir del YO para saltar al nosotros que incluye, a veces, a la familia y, otras, a los argentinos en el exilio, a un nosotros diferente, a un los OTROS que no comparten la condición de exiliados y no pueden entender.

México, se plasmará en sus textos adoptando formas heterogéneas que van desde el lamento desgarrado: “Mis raíces están a miles de kilómetros de mí y no nos ata un tallo, nos separan dos mares y un océano” (*Bajo la lluvia ajena*); y la reflexión sobre la condición del desterrado, hasta la recurrente invocación de los nombres de aquellos que se han quedado para continuar la lucha y encontrar la muerte.

Leemos en “Solísimos”: “los mejores cayeron / y lo peor es el pueblo callado / abajo / humillado / el frío de los pobres que un día triunfarán”. Los mejores son los otros, los muertos: “aquel alivio sienten todavía como si no hubieran morido / como si paco brillara y rodolfo

triunfo de la muerte la posibilidad de la esperanza; desafiante: “Me ensuciaré cogiendo con tu sombra / Te mostraré mi rabioso corazón”. Los compañeros muertos representan, por su heroísmo para aceptar el lugar de ofrendas sacrificadas por un bien mayor, lo que amenaza a esa derrota omnipresente, un símbolo para el hombre Juan Gelman que ha perdido a su hijo, a su nuera, a sus amigos y, en 1979, es condenado a muerte por la organización Montoneros.

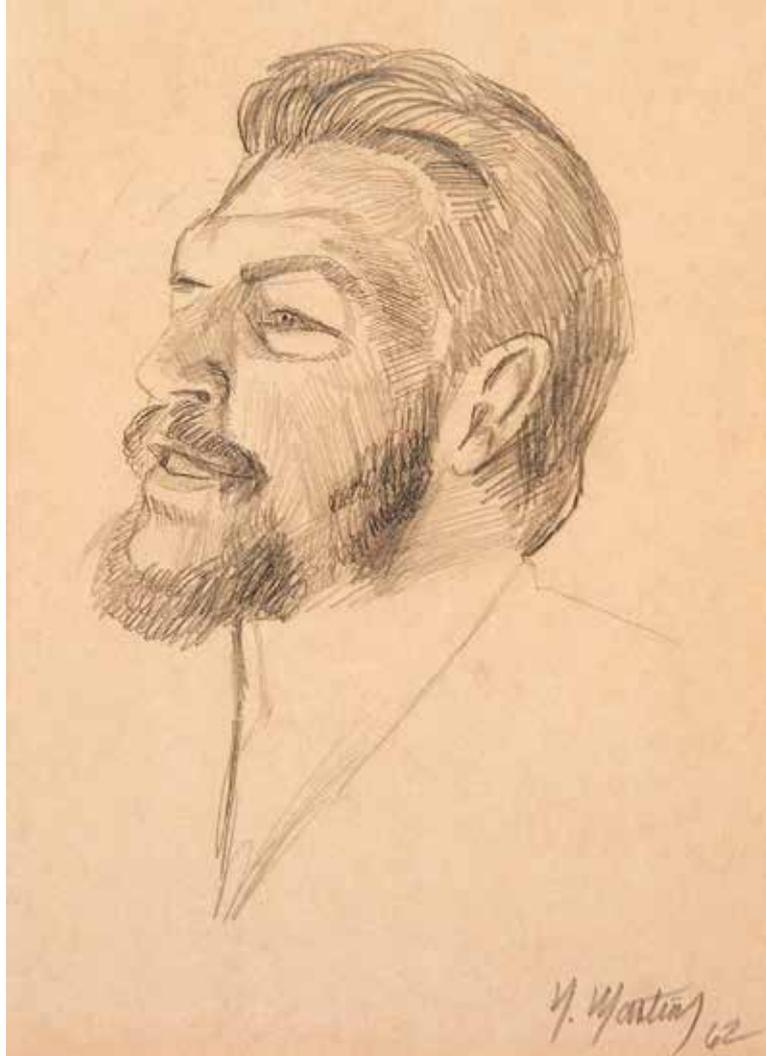
Daniel Freidemberg señala, refiriéndose a esta escritura de Gelman, a partir de *Hechos*, que esta trata: “precisamente, del exilio, el combate que le precedió, el dolor de las muer-

vitación a hablar de aquello que carece de palabras que puedan expresarlo.

Pero no es la incapacidad de enunciar los sentimientos la única marca del exilio. Otro de los síntomas es la cantidad y la variedad de dolencias, físicas y psíquicas, que padece el exiliado. Ella, sí, pero también los otros que sufren su misma condición. Porque en Tununa Mercado la narración autobiográfica sabe desplazar su punto de vista, salir del YO para saltar al nosotros que incluye, a veces, a la familia y, otras, a los argentinos en el exilio, a un nosotros diferente, a un los OTROS que no comparten la condición de exiliados y no pueden entender. Ni los dolores de garganta, la gastritis, la angustia, las anginas, el cansancio general: “a los que llegan al exilio, cuando manifestaban haber perdido la energía, se les decía que era normal, que el desarraigo... con tantas pérdidas, terror y duelos, no podían sino haberlos deprimido”. Ni el silencio y las enfermedades que el cuerpo somatiza; ni la psiquis que se paraliza y se derrumba. Nos advierte ese YO: “se sueña la muerte, casi siempre... el sueño llega con imágenes de despojo y desamparo”.

No hay paz para el exiliado. Puro dolor y puro presente, la sensación es la de encontrarse detenido e inmóvil en el vacío porque: “El tiempo del exilio tiene el trayecto de un gran trazo, se extiende según un ritmo amplio y abierto, sus curvas son como las olas oceánicas y lejanas de las playas...”, es tiempo que abre “un paréntesis que no cuenta en ningún devenir...”, “es una selva sin tiempo, no hay diques que parapeten el continuo, las hojas no caen, el frío no llega, el presente nunca pasa a futuro”.

La escritura de Mercado busca comunicar lo intransfe-



El Che

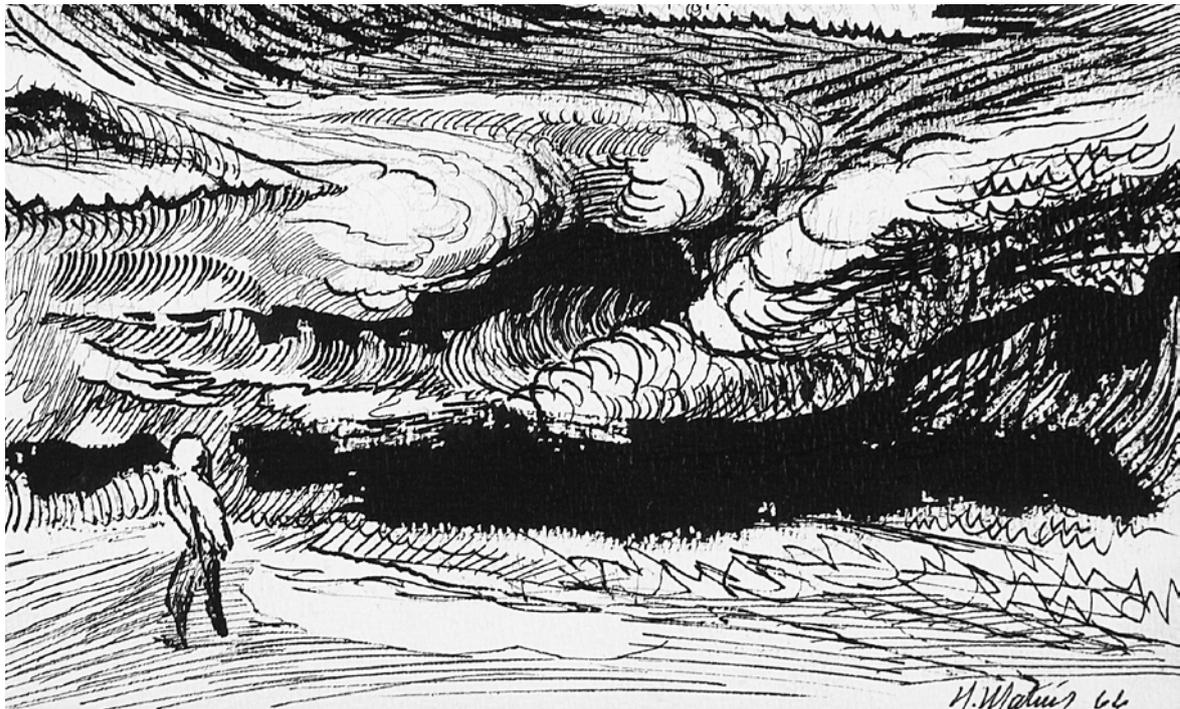
rible e incomprensible del exilio con imágenes reveladoras, comparaciones con el medio que habita; con analogías, con largas secuencias descriptivas que consiguen generar en el lector una idea de los padecimientos de los exiliados, suprimiendo cualquier idealización posible. “No se puede decir nada más anodino y estúpido que la frase: ‘la pasaron bien en el exilio’... o su contraparte de la misma laya: ‘los que se quedaron en Argentina la pasaron peor’”. No existe un consuelo accesible para quien ha debido escapar de su país.

En “Visita guiada” se define el estado propio del exilio como “carencia, compensación de la carencia, desnudez y arro-

pamiento, mutilación y prótesis”; todo en un “ejercicio de faltancia” que busca reponer en el lugar de lo que se perdió, un sustituto, un algo semejante que complete aunque sea malamente lo que llena el vacío.

Las páginas de este libro rechazan una lectura ficcional: exigen ser ancladas en la historia de una mujer que ha sufrido el exilio, literalmente, en cuerpo y psiquis, pero que no pierde la capacidad y la inclinación a considerar al otro próximo o diferente que ingresan en su escritura como la reafirmación de que el exiliado, a pesar de sus padecimientos, no está solo en el mundo.

De hecho, parecería concluir Tununa Mercado, no solo es im-



Mar

posible “pasarla bien” en el exilio, sino que, además, después de que ese “paréntesis” de tiempo detenido finaliza y se regresa a la propia tierra, tampoco entonces se puede sentir que uno está en casa. En el texto titulado “Intemperie”, se nos presenta la analogía entre el exiliado que vuelve y el linyera (mendigo o pordiosero que, a falta de un domicilio fijo, reside en las calles, a la intemperie). Este linyera proyecta una imagen especular: la intemperie del exiliado que regresa deviene en una condición vital y existencial, una categoría de sujetos que han dejado de pertenecer a alguna parte. Sin embargo, como endeble consuelo, Mercado confiesa: “con el tiempo, la melancolía va decantando”.

Podría proseguir y mencionar cómo se publican escritos que dieron cuerpo a toda una

literatura testimonial del exilio y cómo, a finales de los noventa e inicios del siglo XXI, los crímenes de la dictadura se consolidaron como un tópico en la literatura argentina.

Sin embargo, en las circunstancias actuales, me interesa indagar bajo qué signo continuará la literatura en Argentina. Si con la marca de la violación que señalaba Viñas, ahora violación simbólica del pueblo, o si lo hará con el estigma del exilio. Hoy, que en Argentina ejerce el poder un gobierno que destruye los espacios donde se generan y circulan las ideas, que recorta el presupuesto en investigación y en educación pública, que ataca al mercado del libro y al bolsillo de los lectores. Hoy, que bajo la motosierra de un gobierno voraz se corta cualquier apoyo a la cultura para beneficiar a los

especuladores financieros. Me pregunto qué haremos mientras arrasamos con las condiciones para que sigamos construyendo aprendizajes, conocimiento o literatura, que es nuestra forma de vivir, parte esencial de nuestra existencia. ¿Resistiremos o elegiremos seguir escribiendo, seguir viviendo, bajo otro cielo, con otra gente, respirando el aire ajeno, pero conservando el oficio y los valores que hemos elegido? **LPyH**

**Federico Ferroggiaro** es periodista, profesor de Letras y magíster en Literatura Argentina por la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Dicta Literatura Italiana en la carrera de Letras de la UNR. Es autor de siete libros de cuentos y de dos novelas.